

CHARLOT

SEMANARIO

Director y Propietario M. NAVARRETE

FESTIVO

Año 1.-Núm. 34

Barcelona 14 de Octubre de 1916

10 céntimos

HUMORADA

CHARLOTESCA



—Qué le pasará a Charlot
que pone esa cara tosca?

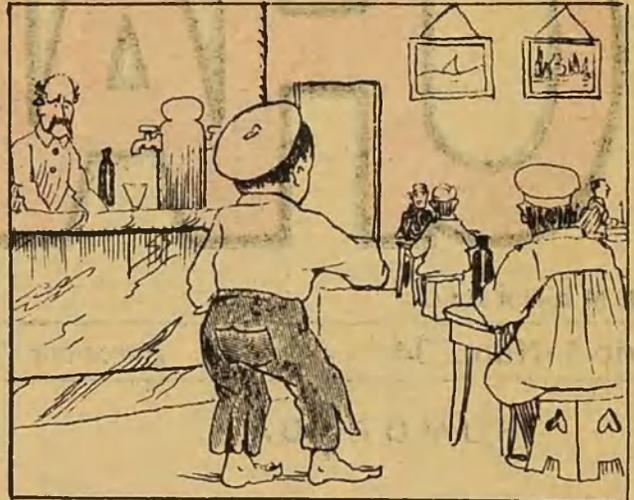
Ayuntamiento de Madrid

—Ah, ya! Querido lector
quieres quitarle la mosca?

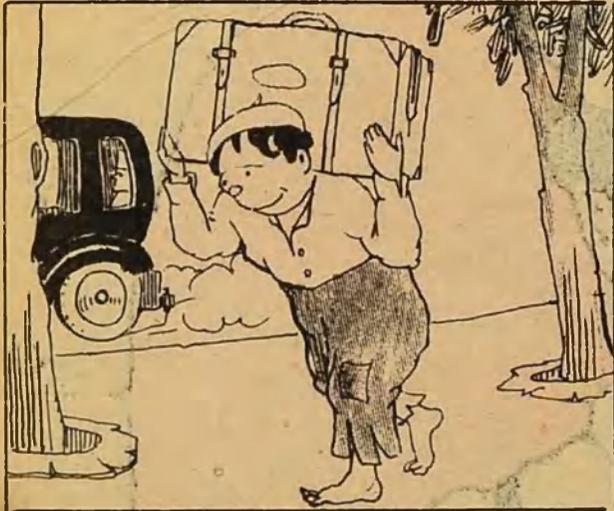
La fortuna de "Pepón"



1. -Era el Pepón un golfito de lo más escogido.



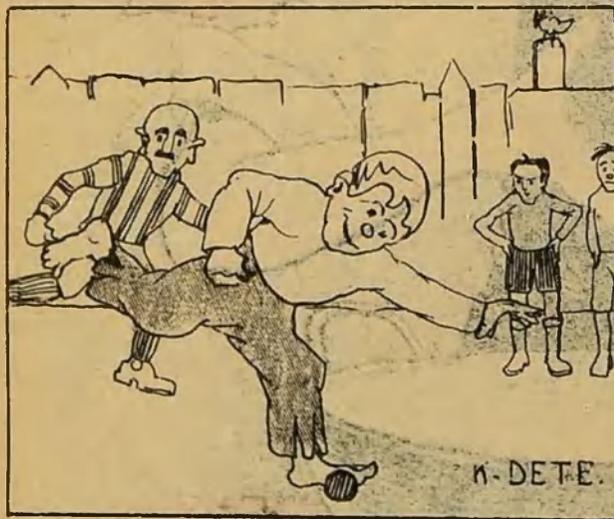
2. -En el *Tupí del Indiano* se desayuna temprano.



3. -Trabaja de tal manera que va haciendo su carrera.



4. -Come, y le viene muy ancho todos los días el rancho.



5. -Antes de ponerse el sol dedica un rato al fut-Bol.



6. -Y por la noche, al teatro ¡No lo creerán más de cuatro!

LAVUELTA EN 80



ALMUNDO DIAS

—¿Puede acompañarnos esta señora? — preguntó mister Fogg.

—Sí, señor,—respondió el agente.

Este condujo a los viajeros a un palki-gari, coche de cuatro ruedas y de cuatro asientos, tirado por dos caballos, que se puso inmediatamente en marcha sin que nadie, durante el trayecto que duró veinte minutos, desplegara los labios.

El carruaje atravesó primeramente la ciudad «negra», de estrechos callejones formados por casuchas, donde pululaba una población cosmopolita, sucia y andrajosa; luego atravesó la ciudad europea, embellecida con magníficas casas, sombreada por cocoteros y erizada de mástiles, y, que, a pesar de ser temprano, era ya recorrida por elegantes jinetes y magníficos carruajes.

El palki-gari se detuvo delante de una casa de modesta apariencia, pero cuyo aspecto denotaba que no era la habitación de una familia.

El policemán hizo bajar a sus presos—bien podía dárseles este nombre,—y los condujo a un cuarto con ventanas enrejadas, y les dijo:

—A las ocho y media compareceréis ante el juez Obadiah.

En seguida se retiró y cerró la puerta.

—¡Estamos presos!—exclamó Picaporte, dejándose caer en una silla.

Mistress Auda se dirigió a mister Fogg, y con una emoción que pretendía en vano disimular, le dijo:

—¡Caballero, debéis abandonarme! ¡Os persiguen por haberme salvado!

Fileas Fogg, se limitó a responder que no era posible ser perseguido por el asunto del suttu, porque los indios no hubieran osado presentar demanda.

Indudablemente había una equivocación, y en todo caso no abandonaría a la joven hasta dejarla en Hong-Kong.

—Pero el vapor sale a las doce,—observó Picaporte.

—Antes de las doce estaremos a bordo,—respondió, siempre impasible, el gentlemán.

La afirmación fué muy terminante, pero Picaporte no quedó satisfecho.

A las ocho y media se abrió la puerta del cuarto, reapareció el policemán e introdujo a los prisioneros en la pieza vecina. Era una sala de audiencia, y un

público muy numeroso compuesto de indígenas y europeos ocupaba el pretorio.

Mr. Fogg, mistress Auda y Picaporte, se sentaron en un banco situado enfrente de los asientos reservados a los magistrados.

El juez Obadiah entró a los pocos instantes, seguido del escribano.

Era un hombre gordo como una bola.

Descolgó una peluca que se hallaba pendiente de un clavo y se la puso con presteza.

—La primera causa,—dijo.

Luego, llevando la mano a la cabeza, exclamó:

—¡Esta no es mi peluca!

—En efecto, Mr. Obadiah; es la mía,—respondió el escribano.

—¿Cómo queréis, Mr. Oysterpuf, que un juez pueda dar buena sentencia con la peluca de un escribano?

Hízose el cambio de pelucas.

Durante esos preliminares, Picaporte ardía de impaciencia, porque le parecía que la aguja caminaba con terrible velocidad sobre la esfera del pretorio.

—La primera causa;—dijo entonces el juez Obadiah.

—¿Fileas Fogg?—dijo el escribano Oysterpuf.

—Heme aquí, respondió Mr. Fogg.

—¿Picaporte?

—¡Presente!—respondió Picaporte.

—¡Bien!—dijo el juez Obadiah.—Ácusados, hace dos días que os acechan a la llegada de todos los trenes de Bombay.

—¿Pero de qué se nos acusa?—preguntó impaciente Picaporte.

—Vais a saberlo;—respondió el juez.

—Señor juez,—dijo entonces Mr. Fogg,—soy ciudadano inglés, y tengo derecho...

—¿Os han faltado el respeto?

—No, señor.

—Bien; que entren los querellantes.

A la orden del juez, se abrió una puerta y penetraron tres sacerdotes indios precedidos de un ujier.

—¡Me lo figuraba!—murmuró Picaporte;—¡son esos bribones que querían quemar viva a la señora!

Los sacerdotes permanecieron en pie delante del juez, y el escribano leyó una querrela de sacrilegio formulada contra el llamado Fileas Fogg, y su criado,

(Continuará)

CHARLOT, CORTÉS

O LA BUENA SOCIEDAD

En todas las cosas de este pícaro mundo, lo mismo se puede pecar por defecto que por exceso.

Demostración de este aserto — que reputamos desde ahora incontrovertible — es lo que le ocurre a nuestro amigo Charlot en materia de urbanidad y galantería.

El bueno de Charlot, desde su más tierna infancia, se impuso voluntariamente la obligación de ser cortés y bien educado con todo el mundo, y amable y galante muy particularmente con el bello sexo. Y para esto tomóse tan al pie de la letra las reglas del trato social, que en ese punto toda su accidentada vida ha sido una invariable y rectilínea consecuencia.

He aquí algunos botones de muestra:

Charlot había leído en un «Manual del muchacho bien nacido» que los caballeros han de *besar los pies a las señoras*; y un día que entró de visita en un salón en que estaban de tertulia varias damas, se echó de bruces al suelo y empezó a besuquear y a lamer los zapatos de todas ellas, produciendo su exceso de galantería la natural estupefacción entre toda la concurrencia.

**

Una vez, un conocido crítico teatral, dijo en la revista de su periódico que «era de muy mal efecto y de pésimo gusto, durante la representación de un espectáculo, entrar o salir de la platea de un teatro haciendo ruido con los pies».

Al otro día tuvo que ir Charlot al teatro de Noveidades, a ver a Morano. Al percatarse que la sala estaba llena de espectadores y que había empezado ya la función, nuestro hombre se descalzó súbitamente, entróse de puntillas por el pasillo central y fué a su butaca en calcetines y con los zapatos en la mano.

**

Otra prueba de su delicada galantería:

En cierta ocasión iba por el Paseo de Gracia en compañía de su mamá política, una vieja gruñona con la cual sostiene diariamente peloterías; cuando, de pronto, se encontró frente a frente con un caballero conocido, con el cual no había charlado desde mucho tiempo.

—¡Hola! ¿Qué tal vamos?

—Adiós, amigo. ¿Usted por ahí?

—Esta señora debe ser su suegra, ¿no es verdad?

—¡Y de usted! —respondió Charlot, con una amable sonrisita.

**

Su cortesía excesiva raya, a veces, en la más descompuesta generosidad hasta con la gente desconocida.

Una tarde que iba por la calle, fumando un habano, se le acercó un transeunte y, muy cortésmente, le pidió un poco de lumbre para encender el pitillo. El, con gran amabilidad, le alargó el puro.

Y así que el fumador solcitaute se lo devolvía acompañando a la acción un sonoro y expresivo: «Muchas gracias, caballero», Charlot, con un gesto de desprendimiento, lo rechazó, diciendo:

—No vale la pena. Puede usted quedarse con él.

Y se alejó orgulloso y satisfecho de su generosidad para con el desconocido fumador, que se quedó atontado, con los cigarros en las manos, sin saber cuál de los dos tirar.

**

Un día, paseando por las Ramblas, vió venir, de lejos, un coche que andaba muy despacio. En el pescante iban el *auriga* con la cabeza descubierta y un monaguillo tocando una campanilla: ¡tilín-tilín!... ¡tilín-tilín!...

—Ahí dentro llevan el Santo Viático —se dijo.

Y como él sabe que, cuando pasa el Señor, toda persona educada cristianamente debe quitarse el sombrero, hizo ademán de quitárselo, y al ver que llevaba gorra en vez de sombrero, entróse corriendo en una sombrerería, compróse un hongo de moda, salió a la calle... y aun tuvo tiempo de saludar el Viático.

**

Tan sincero es nuestro héroe en sus afectos de amistad, que cada vez que asiste a un entierro, llora a lágrima viva. Cuando se despide de los enlutados señores que presiden el duelo, susurra al oído: «Acompañe a usted en el sentimiento».

Y tal como lo dice, lo hace.

A un amigo viudo le estuvo acompañando siempre, a todas partes, sin dejarle a sol ni a sombra, hasta que le hubo pasado el sentimiento, que fué a los dos meses y medio de la *irreparable* pérdida.

**

Hojeando los tratados de buena educación, a los que tan aficionado se muestra, nuestro amigo Charlot observó que, los excelentes modales del hombre *smart*, donde más relucen es en el comportamiento de los comensales; que la finura de todo sujeto bien educado donde mejor se demuestra es en la mesa de las casas distinguidas.

Y, efectivamente, donde más refinamientos heroicos hace Charlot es en las comidas de cumplido. No hace muchos días estuvo invitado a almorzar en el palacio de una marquesa, y allí pudo lucir todas sus inmensas facultades de extraordinario *gourmet* y hombre de mundo.

Lo que más llamó la atención de los distinguidos invitados fué que, al traer un camarero los mondadientes, Charlot se tragó tres o cuatro de ellos con pasmosa naturalidad:

Una señora que estaba a su lado se atrevió a decirle:

—¡Qué cosa más rara!... ¿Le gustan a usted los mondadientes?

—No deliro por ellos, señora; —replicó Charlot.— Pero estoy muy bien enterado de los códigos de la buena sociedad. Sé que, en todo invitado, la exquisita cortesía consiste en probar «cuando menos, un poco de todo lo que se saca a la mesa».

**

Finalmente, Charlot tuvo, una vez, la descabellada idea de suicidarse, tirándose de cabeza a un pozo.

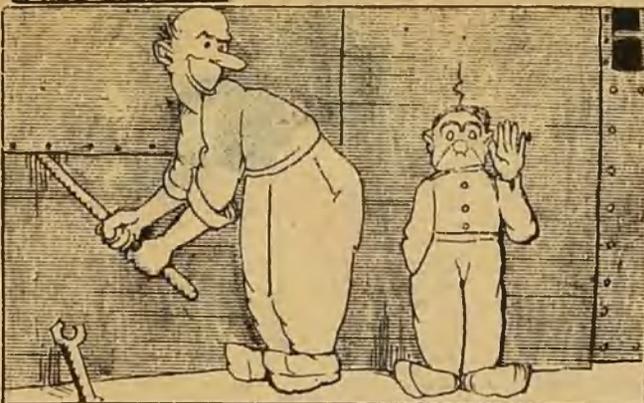
Y tal como le pasó por la mente tuvo a bien ejecutarlo.

Se tiró de cabeza, pero, antes, echó al pozo a su mujer.

Que ¿por qué hizo esto último?

Pues por la sencilla razón de que la «Urbanidad» aconseja que los caballeros corteses, siempre, en toda ocasión, *deben hacer pasar delante a las señoras*.

CAROLÍN.



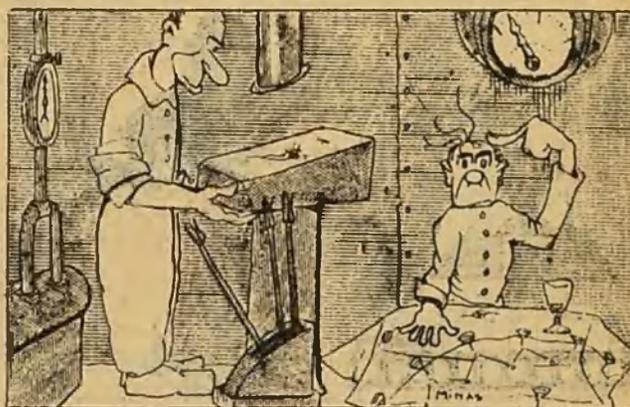
Mientras los tripulantes del submarino se ocupaban en atacar a una nueva víctima, Cocoliche desatornilló las planchas del tabique, pasando a la habitación contigua...



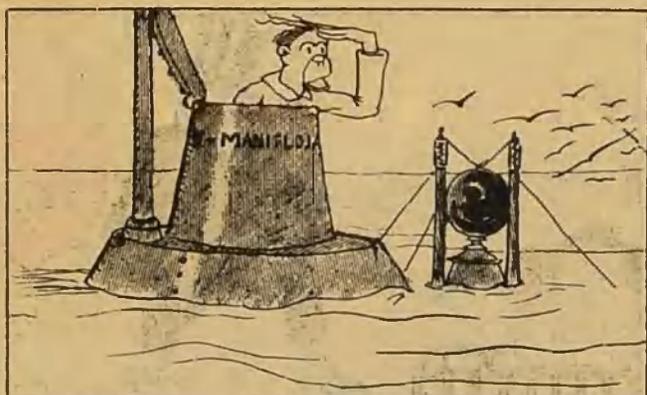
y haciendo uso de gases asfixiantes infestó las cañerías que conducían el oxígeno.



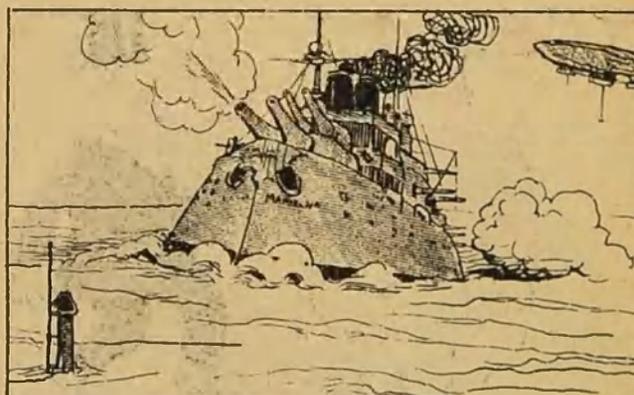
Pronto sufrieron las consecuencias aquellos desalmados, quedando reducidos a la impotencia.



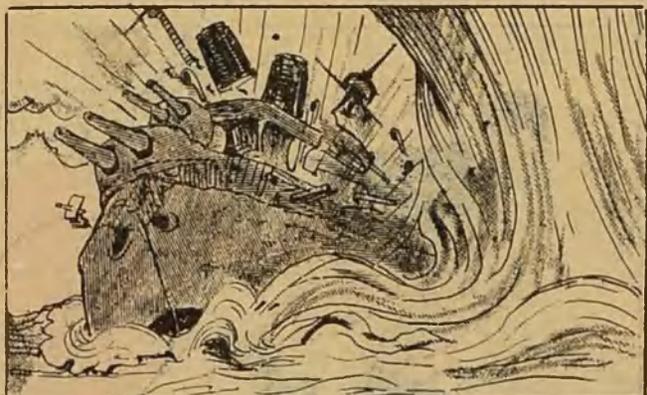
Cocoliche y Tragavientos, dueños de aquel formidable submarino, dirigían la nave muy ufanos, cuando de pronto, la proyección del periscopio les indicó un punto negro en el horizonte.



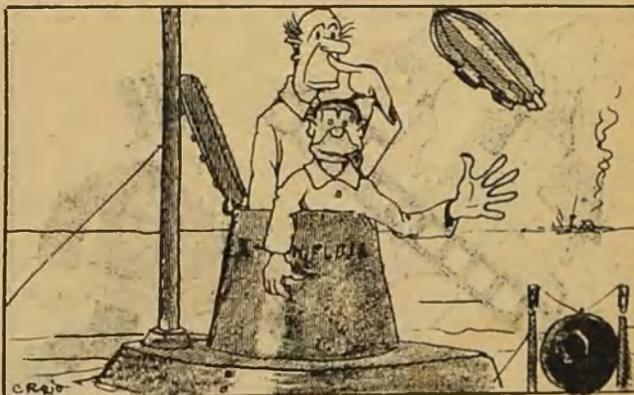
¿Será alguna ballena? dijo Tragavientos, que recelaba hasta de su propia sombra.



Pronto se hizo palpable la verdad. Un triplesuperdregnaut, a la velocidad de 50.000 millas hora, se les echaba encima con intenciones muy poco tranquilizadoras.



Pero nuestros detectives, disponiendo de tan magníficos elementos, les enviaron un cigarrillo de los que usan los submarinos y en un santiamén quedó el portentoso corsario hecho papilla.



—Aun no hemos concluido!—dijo Cocoliche.
—Pues, que es lo que nos falta?—respondió Tragavientos.
—Ves ese dirigible que se cierne sobre nosotros? pues en él va Manifloja.

(Continuará)



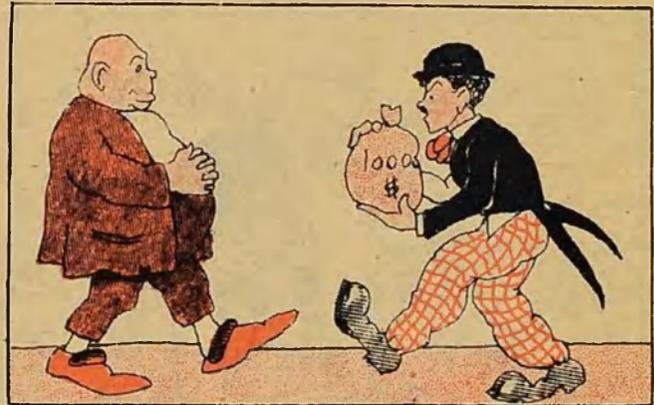
Tan malsana de Charlot es la morada que vivir allí resulta una humorada.



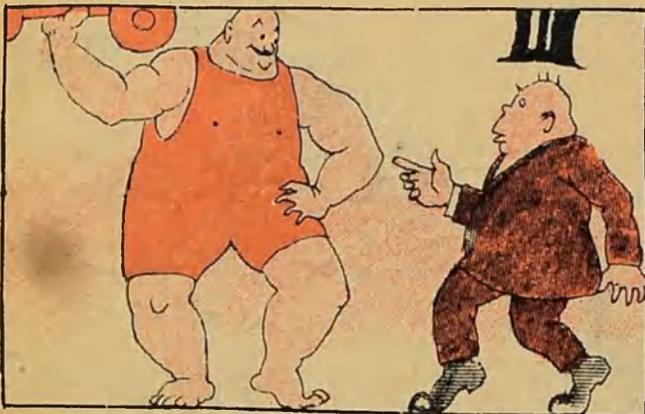
Aburrido de su estado deplorable va a buscar un lugar más confortable.



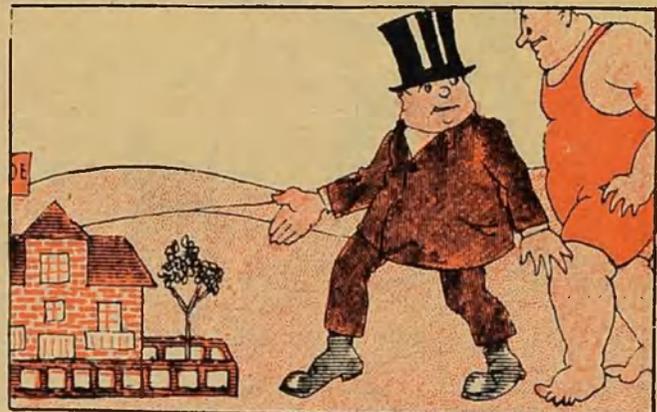
Halla pronto una casita encantadora y al instante de la finca se enamora.



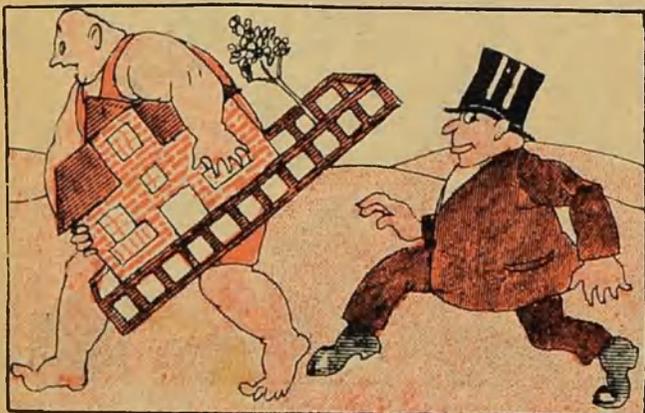
Y poniendo en adquirirla gran empeño cuanto quiere por la casa, paga al dueño.



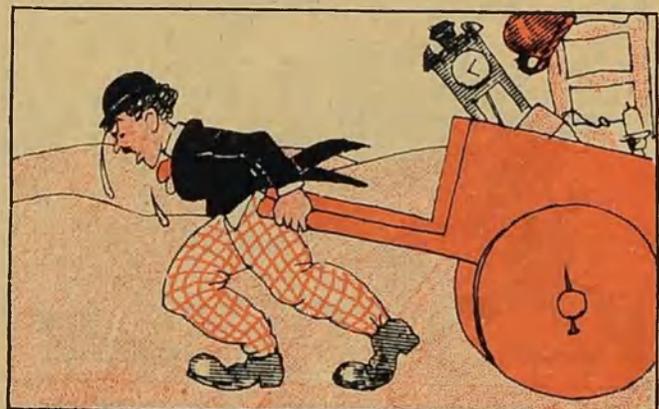
Por éste, que de fijo es un tunante, se entrevista con Morgan, que es un gigante.



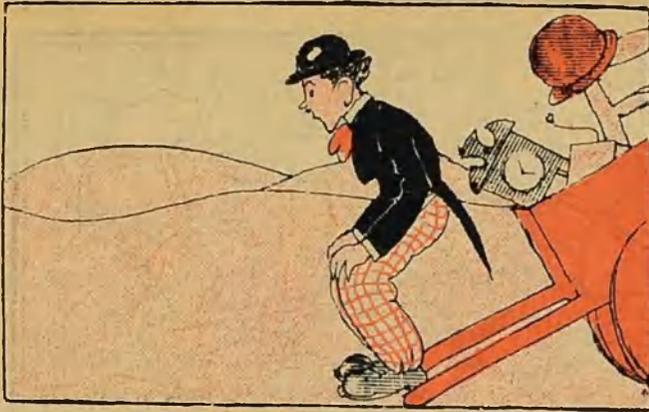
Y conciertan defraudar al buen Charlot y a la finca se dirigen en complot.



El Morgan con su fuerza tan tremenda de un tirón arrebató la vivienda.



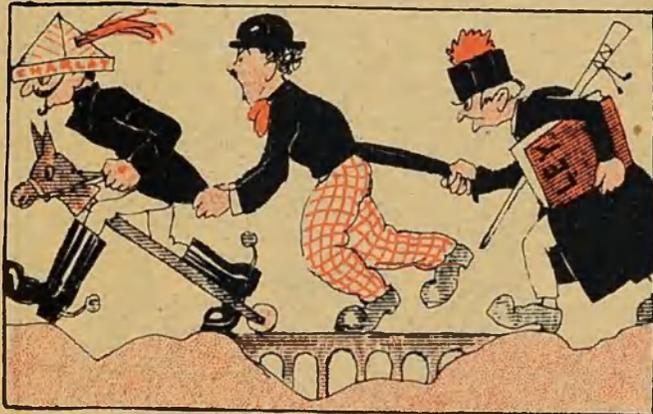
Y Charlot ignorando lo que pasa con los muebles se dirige hacia su casa.



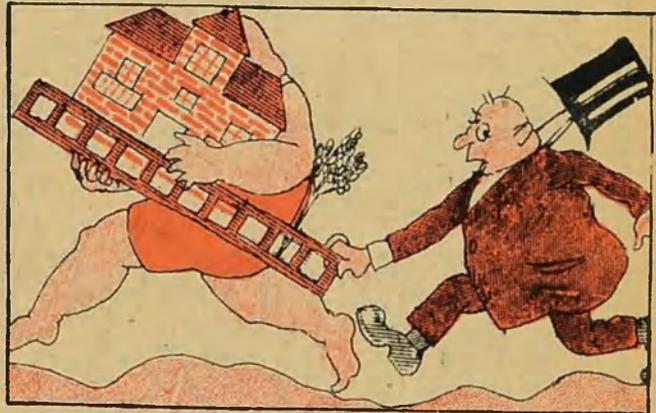
Y al llegar al lugar de la mansión es grandiosa de Charlot la decepción.



Enseguida va a contar a un juez severo que le roban su casita y su dinero.



Requerida, va en el acto la milicia con Charlot y con el juez a hacer justicia.



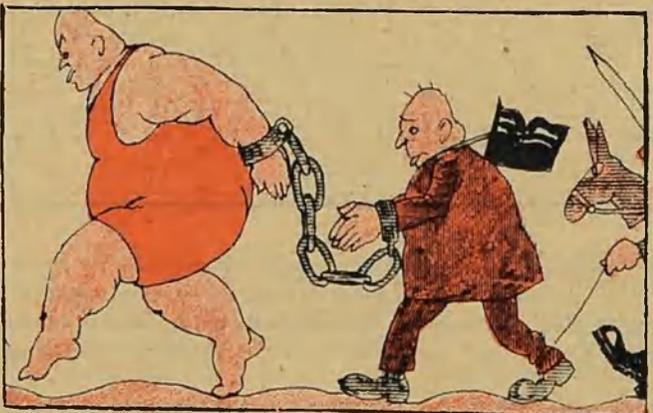
Y al notar que les siguen los malos su carrera precipitan espantados.



Mas tropieza en el camino con un grillo y se estrella el gigantón y el otro pillo.



Mientras tanto llegan sus perseguidores y se entregan con terror los malhechores.

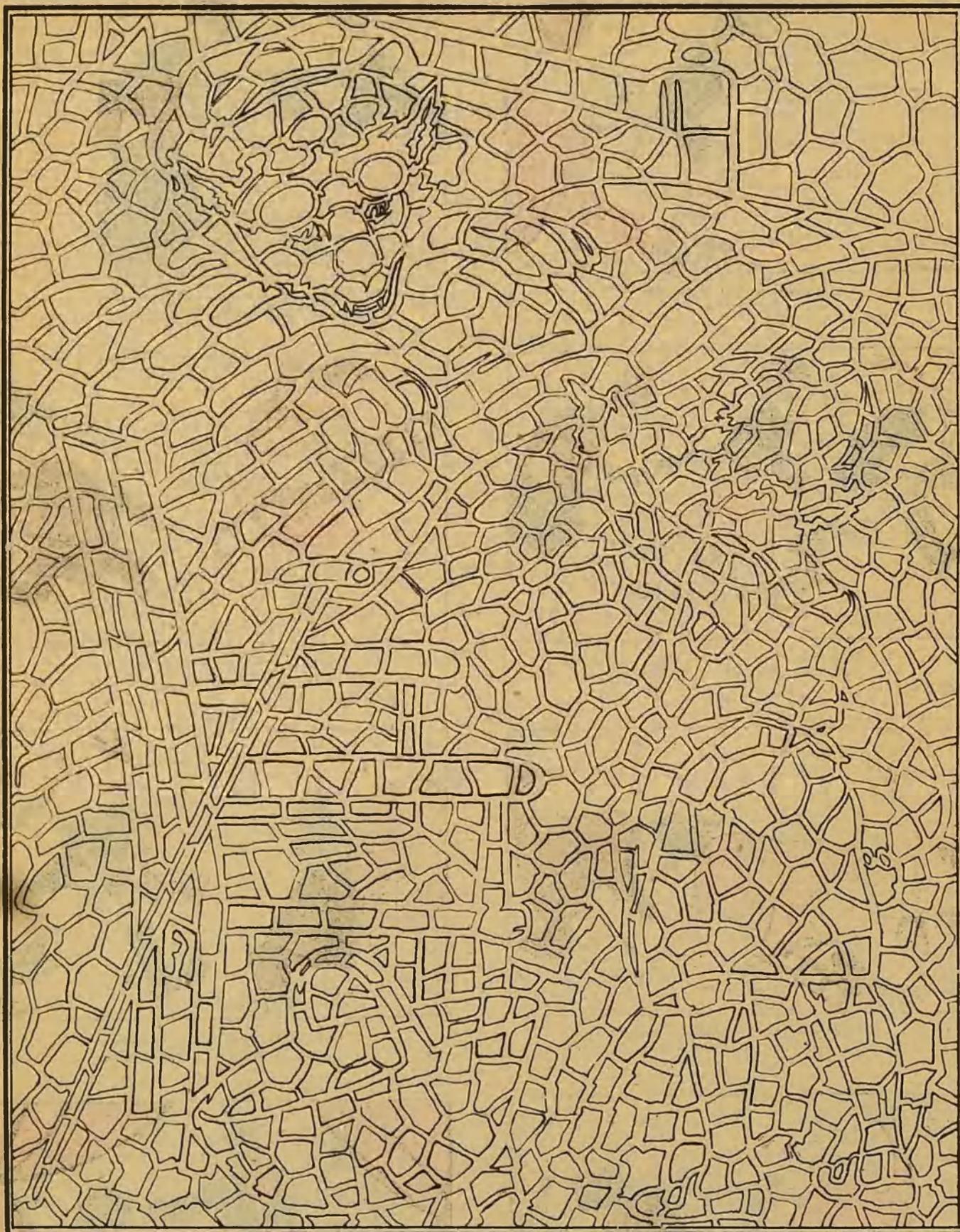


Y aunque piden compungidos, mil perdones, a la carcel se los llevan por ladrones.



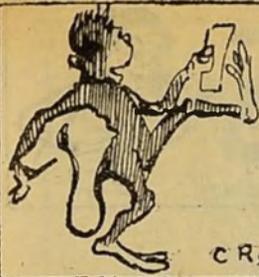
Y Charlot su capital luego recobra por el cual llegó a pasar tanta zozobra.

Concurso del mes de octubre



En este concurso es preciso indicar con tinta la línea de contorno de las figuras y objetos que se hallan entre los rehileres que forman el laberinto. El dibujo representa una escena del famoso cuento cuya protagonista es una niña muy renombrada. Se adjudicarán tres premios consistentes en un magnífico **Reloj de plata**, un hermoso **Monedero de plata** y una preciosa **Cadena chapada en oro de 14 kilates**, a las tres soluciones exactas. Caso de que sean más de tres los que las presenten, se sorteará como en los anteriores concursos.

El día 20 del corriente fine el plazo de admisión de soluciones, las cuales se han de enviar a esta Redacción, dentro de sobre abierto y franqueado con sello de cuarto de céntimo, como impresos.



COLMOS y MONADAS



Charlot irá publicando en cada número una de las más interesantes y breves producciones de cada uno de sus colaboradores, adjudicando dos premios, uno de 10 pesetas y otro de 5 pesetas a las dos que más gusten a esta redacción.

En los sobres de los originales, escribise Charlot - Sección de Colmos y Monadas.

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original escrita y firmada con igual letra que éste.

NOTA.—No se devuelven los originales.

Rogamos a los colaboradores de esta sección, que al enviar sus producciones, lo hagan empleando un papel para cada chiste o colmo y firmado con su nombre y así aunque envíen varios a la vez queden separados de uno en uno. El envío han de efectuarlo en sobre abierto franqueado con sello de cuarto de céntimo, diciendo:

«Original para imprenta»

Colaboraciones del número anterior que han sido premiadas:

Premio de 10 ptas.

Sin título por Liron-Cito

De 5 ptas.

Sin título por Anita Romero

COLMOS

—Cuál es el colmo de los colmos?
—Perder un imperdible.

Nicolás Loje.

—¿Cuál es el colmo de un saltarín?
—Saltarse la tapa de los sesos.

Adolfo del Valle.

El colmo de un camarero:
Servir de blanco en un tiro de pichón.

Jorobadito.

El colmo de un hambriento:
Ponerse al paso del tren y que le haga una tortilla.

R. G. Baron.

CHISTES

El profesor.—¿Quién es Dios?
Discípulo.—Dios, mi papá.
El profesor.—¿Cómo eso?
Discípulo.—Señor, porque mamá dice con Dios me levanto, con Dios me acuesto, y mamá se acuesta con papá.

Arolf.

En la Audiencia.
El presidente pregunta al reo:
—Acaba usted de oír la sentencia; ¿tiene usted algo que añadir?

Y el granuja exclama escandalizado:
—¿Añadir? ¡No, señor! ¡Lo que desearía es quitar algo!

Juan Belmonte.

SIN TÍTULO

Un farmacéutico reclama a un cliente curado, el importe de la cuenta:

—¡Ah!—contesta el enfermo;—no tengo dinero.
—¿Conserva usted, al menos, los frascos y las botellas?
—Sí, señor.
—¡Dios sea loado! En ese caso no pierdo nada.

Antonio Guerrero.

PARECIDO

—¿En qué se parece una administración de loterías a un gabinete de un dentista?

—En que en la lotería hay décimos y en el gabinete de un dentista ¡ay! décimos.

Pedro Chicote.

Un forastero, dirigiéndose a un gitano:

—Diga usted: ¿Para ir al cementerio?...!

—Mire usted, para ir al cementerio hay que principiar por morirse.

Un lector del Charlot.

—¿Cuál es el hombre que pinta más de toda España?

—El jefe de la estación de Pinto: que se pasa todo el día diciendo: «Pinto... cinco minutos».

Una lectora.

EN UNA FOTOGRAFÍA

—¿Cuánto me llevaría usted por hacer una fotografía a mis niños?

—Siete pesetas la media docena.

—Entonces volveré, porque todavía no tengo más que cinco.

Santiago Santacreu.

ANDALUZADA

Se hablaba de un individuo que imita a la perfección a varios animales.

—Eso no es nada—dice un andaluz—yo tengo un amigo que, cuando imita el canto del gallo... sale el sol inmediatamente.

Nauj-Lij.

VÍSPERAS DE EXÁMENES

—¿Cirilo! ¿De qué asignatura te examinas?

—De Historia, y mañana de Lógica.

—¿No te fastidia? Por eso yo soy admirador de los cocheros.

—¿Pues no veo la razón!

—Sí; ¡oh, los hombres que apenas acaban con una carrera empiezan con otra!

Joaquín de Arteche.

CAMINO DEL CEMENTERIO

Un difunto, a quien llevaban en un cajón, dice a sus acompañantes:

—Compañeros: ¿adónde me lleváis?

—Al camposanto.

—¿Por qué?

—Porque estás muerto.

—¿Cómo he de estar muerto si estoy hablando?

—¡Calla, bruto! ¡Si querrás saber tú más que el médico!

Ata.

ENTRE VECINAS

—¿Qué, y su marido ya tiene colocación?

—No; pero está trabajando para entrar en un banco.

—¿Por mediación de algún señor?

—No, señora; por una cloaca.

F. Rubio.

EN FAMILIA

—¿A quién podemos enviar para que dé a Tomasa la noticia de la muerte de su marido, poco a poco?

—Mandaremos a Jorge, que, como es tartamudo, no podrá darla de golpe...

J. Masdevall.



PASATIEMPOS



Soluciones de los juegos del núm. 33

ACRÓSTICO

H A C E R
C U C H A R A
S A N T A N D E R
C A R T E R I S T A S
M O Z A L B E T E
A N T O N I O
L A T A S

Fuga de vocales

Una carreta Fernando
de sus padres heredó,
y aunque rico no quedó
ya tiene para ir tirando.

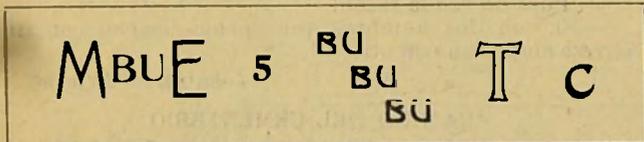
Comprimido.—Sobrecargo.
Adivinanza.—Sal.
Charada.—Josefa.
Tarjeta.—Tragavientos.
Tarjeta.—Vampiros.
Tarjeta.—Paseo de Colón.

Sustracción de sílabas

Mar ga ri ta
ga ri ta
ri ta
ta

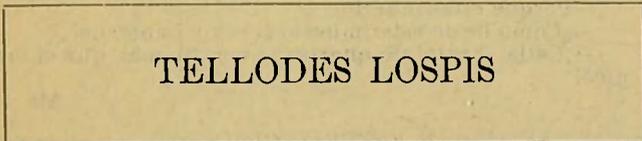
Acertijo.—Segundo Diez y Diez.

JEROGLÍFICO



Por Frutos Huerta.

TARJETA



Combinar estas letras de modo que resulte el título de un renombrado drama.

Por Alfonso García.

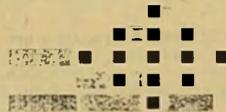
CUADRADO



= Habitación.
= Licor.
= Capital americana.
= Partes de una cacerola.

Por P. G. Guerra.

ROMBO



= Consonante.
= Parte del mundo.
= Artista de cine.
= Acusado.
= Consonante.

Por S. Gorba.

Las soluciones en el próximo número.

ANÉCDOTAS

El rey Leopoldo II y un guardia

El ex rey de los belgas, Leopoldo II, visitaba muy frecuentemente la capital francesa, y en uno de sus viajes le ocurrió la siguiente aventura: se paseaba el soberano por el parque de Monceaux, completamente solo, cuando habiéndose apartado de los señeros, fué interpelado con bastante grosería por un guardia, que le dijo:

—¡Eh!... salga usted de ahí, inglés piernas largas. ¿No sabe usted que está prohibido pisar en el césped?

El rey, a quien hizo mucha gracia la aventura, se marchaba ya, cuando el guardia, le preguntó quién era, pues creía conocerle por más que no atinaba a recordar quién era.

—Es muy posible—repuso el rey—y para que no vuelva a despintársele el inglés piernas largas, aquí tiene usted mi retrato.

Y le dió una moneda belga de cinco francos, en la cual estaba grabado el busto real.

¡Fuego! ¡Fuego!...

Cuéntase la siguiente anécdota de Walter Raleigh, quien fué el primero que introdujo el tabaco en Inglaterra:

Estaba una tarde en su estudio, fumando su pipa, cuando entró un criado a traerle una carta. Este hombre no había visto nunca fumar, y creyó que su amo se había incendiado. Asustado, dejó caer la carta, y corriendo escaleras abajo, gritó:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Socorro!... ¡El señor Raleigh ha estudiado tanto que se le ha incendiado la cabeza, y le está saliendo el humo por la nariz y por la boca!

En seguida regresó con un gran balde lleno de agua, con el cual puso a Walter Raleigh hecho una sopa, antes de que éste pudiera explicarle lo que realmente estaba haciendo.

Simón Bolívar

Simón Bolívar, el célebre libertador de Colombia, al ir a la guerra jamás olvidó su espada; pero en Bomboná peleó sin ella. Examinando el terreno y decidido a librar combate, dispuso que el comandante de la primera división ocupara una eminencia visible a lo lejos, sin que almorzase la tropa. Desgraciadamente, el pobre subalterno no entendió bien e hizo vivaquear los batallones. Indignado el héroe ante lo que juzgaba desobediencia, llegóse a la cabeza de la línea a todo correr en su bridón.

—General Torres (era Pedro León de Corara)—dijo con acento imperioso:—entregue usted el mando al coronel Barreto, que cumplirá mejor mis órdenes.

Palideció aquel a quien se dirigía y, rompiendo su espada, cogió un fusil.

—Libertador—repuso, conmovido:—si no soy digno de servir a la patria como general, la serviré mejor como un simple soldado. Nadie podrá impedírmelo.

Bolívar, arrepentido de su arrebató, abrazó al pundonoroso jefe en presencia del ejército, y le devolvió el mando que acababa de quitarle.

—General—le dijo, dulcificando la voz—aquella altura nos dará el triunfo.

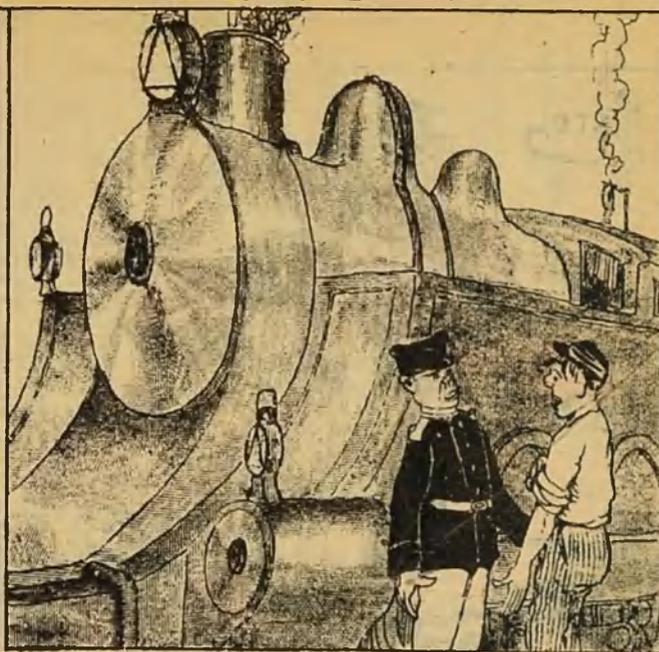
Y descendiéndose la espada, se la entregó con estas palabras:

—¡En manos de usted estará tan bien como en las mías!

Tip.-Lit. Eusebio Estadella.—Vallfogona, 24 a 28.—Tel. 7488.—Barcelona

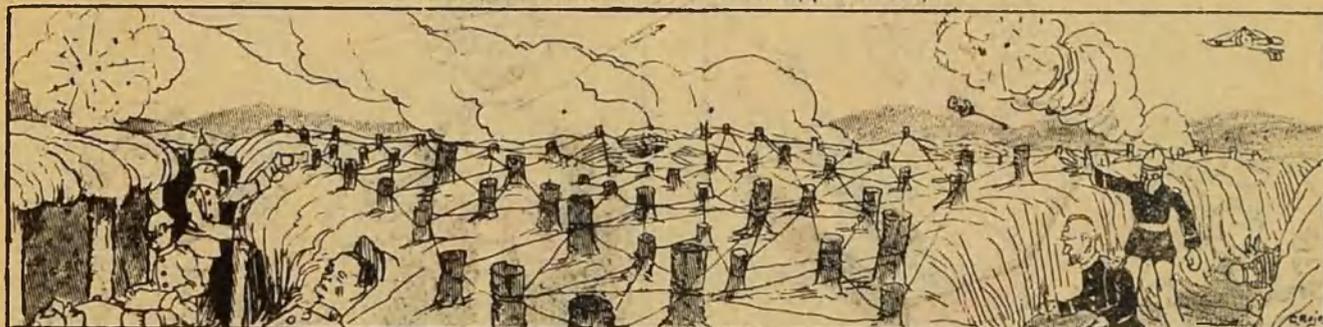


Una mujer a su tercer marido.—Estás pálido y demacrado, querido mío... voy a llamar al médico de la familia.
—¡No! (con viveza): ¡Al médico de la familia, no!.. prefiero cualquier otro.
Pallli



—Yo tengo tanta fuerza, que soy capaz de arrastrar un automóvil.
—Pues yo, con una sola mano paro el tren expreso.
—Compare, ¿vez uzte er pare tanto?
—No, zeñó: soy maquinista

Los supervivientes en las trincheras; por C. Rojo



Hemos avanzado varios kilómetros, pero detenemos nuestra ofensiva ante la superioridad del enemigo.

20,000 enemigos atacan con gases asfixiantes.

CORRESPONDENCIA

A. Cabestany: Esperan turno.—Aureliano Nicolás: Esperamos las señas de su domicilio.—O. Feito: Su rompecabezas no puede publicarse; se agradece el envío.—C. Aguiló: Recibiremos gustosos cuanto envíe.—A. Adrados: Notamos lo del hocico. Se publicarán en breve.—R. Giménez: Se recibió: En el Almanaque van los más sobresalientes.—J. Peinador: Se aprovechará la idea.—R. García: El Almanaque ya está completo y se publicará en Noviembre.—F. Castro: Lo que V. envía, ya se ha publicado.—J. Tarragó: Envíe algo de más ingenio.—Martín y Cía: Dos de sus chistes parecen anuncios y los otros ya se han publicado.—Chistera: Los originales se envían en carta abierta y franqueada con sello de cuarto de céntimo.—G. Miquelet.—R. Castle.—M. Parra: Se publicarán cuando les toque el turno.—J. López.—Paquito.—J. Pérez.—U. Peinador.—Boliche.—P. Guerra.—González.—M. S.—Jaime V.—J. Castelló.—J. Hernández.—V. Ll.—V. Llorens.—Nino.—J. Valls: Los chistes que envían ya los teníamos y muchos de ellos se han publicado; brocuren aguzar el ingenio y no enviar tanta cosa vieja.—S. Santacreu: Se recibió el cuento, pero ¡es tan difícil complacer a todos! El Almanaque publicará los más escogidos.

Han enviado Soluciones a los pasatiempos anteriores

R. Sandoval.—Pepito Muñoz.—J. Manuel (a quienes les recordamos que los impresos se franquean con cuarto de céntimo) y J. Jiménez.—A. Domingo.—Amadeo.—R. Giménez.—M. F. Villanueva.—G. Font.—Jaime V.—J. Vallojera.—J. Trenado.—E. Trenado.—J. Yrlarte.—L. Martínez.—J. Valls.—A. Adrados.—R. Arbonés.—M. Torre.—R. Sandaburu.—Polo Sam.—J. Sandoval.—J. Pinilla.—J. Almagro.—F. Mestraitua.—A. del Rfo.

CHARLOT

SEMANARIO FESTIVO

Redacción y Administración: Putchet, 37-(S. G.)-Barcelona

Precios de Suscripción:

		ESPAÑA	EXTRANJERO
Trimestre	ptas.	1'50	4'00
Semestre	ptas.	3'00	8'00
Año	ptas.	6'00	

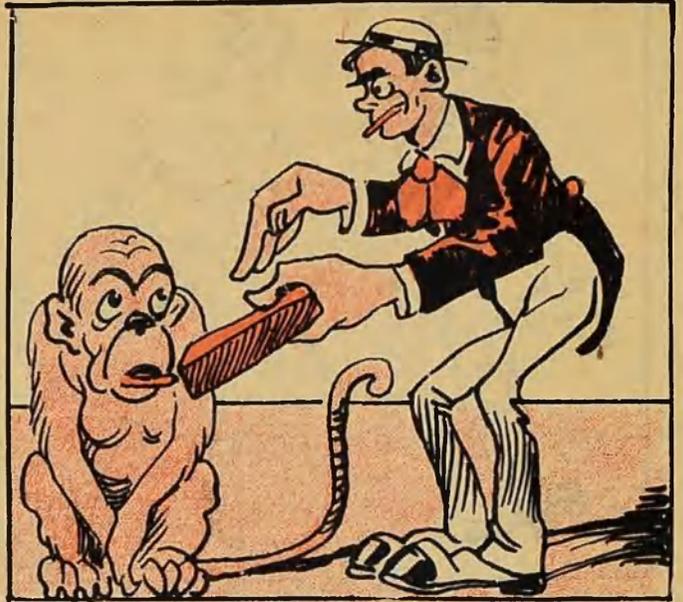
NUMERO SUELTO: 10 CÉNTIMOS. ATRASADO: 20.

Ayuntamiento de Madrid

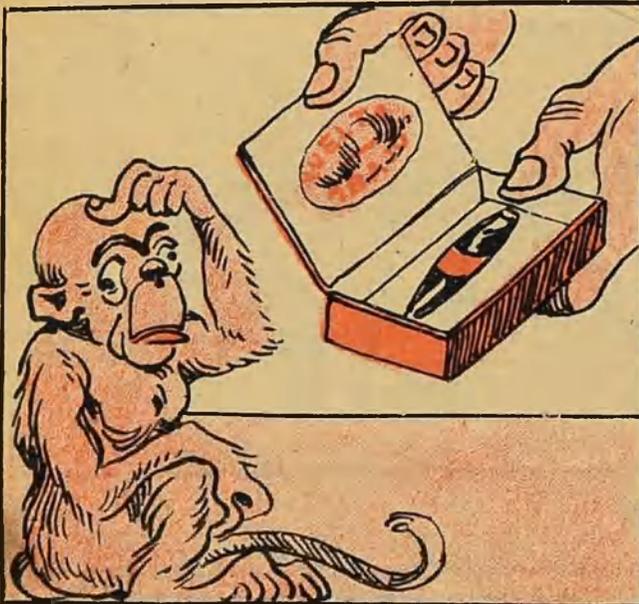
BIB Y BOB



1.—Esta cajita contiene un regalito para mi inseparable compañero Bob.
Ya tendrán ocasión de verlo.



2.—Si adivinas lo que hay dentro de esta cajita, te lo regalo.
—Pues hay un queso de bola.... un aeroplano.... un mortero del 42.



3.—No; es un puro.
—Esto es un puro; es mío; lo he adivinado.



4.—Tuyo es; enciéndelo y recreáte fumándolo.



5.—Conque, bromitas a mí? mal amigo..

